

mostrar un resultado estimable si el tratamiento fuera adecuado. Dentro de un realismo de mediocre formulación, el simplismo del texto es atroz. Seco, manido, donde el tratamiento psicológico de los personajes nada tiene que ver con el estudio de seres reales.

Con todo, la realización podría haber paliado un tanto la falta de teatralidad. Se hubiera necesitado, desde luego, un montaje muy imaginativo y la colaboración de grandes actores. El grupo titular de la sala carece de medios humanos para lograr tal hazaña. Presenciamos una representación de barrio en el peor de sus clásicos sentidos, de parroquia. La falta absoluta de profesionalidad en todos sus componentes impide un mayor análisis sobre lo visto.

Sirva el ejemplo para que el acercamiento del teatro a los estadios más populares no caiga en similares falacias que podrían resultarle mortales a muy corto plazo. Prescindir de mercantilismos, de lujos estériles, nunca puede justificar la carencia de un mínimo rigor; antes al contrario, crear nueva clientela está en virtud de la calidad del producto. Desde la elección del texto hasta su perfecto tratamiento, el teatro de barrios debe entender que el acercamiento a un nuevo espectador debe ser sumamente ajustado, preciso, impecable detonante que ponga en movimiento toda una necesidad cultural.

La Sala Cáceres puede y debe significar algo más. Es de esperar que sus organizadores así lo entiendan pronto y claro. ■ MIGUEL A. MEDINA.

DISCOS

"La noche de los falsos andróides"

Naturalmente, no podíamos resistirnos: ha llegado el momento de escribir sobre Devo. Era inevitable. Devo son maestros en la manipulación de los medios de comunicación. Han comprendido que la única vía para destacar en un mercado supersaturado y

harto de falsas novedades es involucrase en un montaje estético-filosófico capaz de desorientar a los celadores de los "media". Y han obrado en consecuencia.

Así, su imagen es casi tan atractiva como su concepto. Cinco ex universitarios jugando a artistas vanguardistas en medio del desierto cultural americano (más exactamente, en Akron, estado de Ohio, capital mundial de los neumáticos). Lanzando mensajes esporádicos a través de discos grabados y comercializados por ellos mismos. Exprimiendo las teorías de los expresionistas y los dadaístas europeos. Saturando sus cerebros de basura subcultural, embriagándose con las películas de George A. Romero y

Roger Corman, mamando de la pequeña pantalla. Filmando cortometrajes que visualizan sus ideas, derramadas posteriormente ante los oídos de críticos y periodistas, demasiado sorprendidos para señalar incoherencias o apercebirse de que están siendo utilizados. Y como resultado, una furiosa contienda entre las grandes compañías fonográficas para asegurarse sus servicios, que desemboca en litigios y finalmente en un arreglo que permite la edición de su primer disco de larga duración.

Devo han saltado a los grandes circuitos predicando la "devolución", ataviados con una serie de ridículos uniformes de connotaciones quirúrgicas, in-

Devo.



dustriales, deportivas, delictivas... que desempeñan perfectamente el papel de catalizadores de la provocación, como se demostró el pasado año en el festival al aire libre de Knebworth, donde los supervivientes de la contracultura salieron de su habitual apatía para bombardear a los cinco músicos cibernéticos con todo lo que tenían a su alcance.

Devo pueden ser una parodia feroz, un fraude inteligente, unos adelantados de la estética de finales del siglo XX o una grotesca síntesis del rock de los sesenta. Tal vez sean todas esas cosas a la vez. Lo que sí es seguro es que van a tener dificultades para conquistar el mundo con LPs tan inhóspitos como su debut (1).

Brian Eno, como productor, y Conrad Planch, como técnico de grabación, han forjado un sonido enservante y metálico que oculta el humor absurdo que iluminaba los primeros "singles" del grupo. Corte por corte, hay momentos excelsos como la recreación del "Satisfaction" rollingstoniano, con un ritmo medio "reggae" que mantiene una inquietante tensión. Y justificando también su papel de alargadores de los mitos del "rock", el "Come back Jones", donde el Johnny B. Good de las clásicas historias de Chuck Berry muere en un accidente de circulación. Sin olvidar "Jocko homo", su febril aportación a la teoría darwiniana o "Too much paranoias", que enlaza con las desgarradas alucinaciones de Captain Beefheart. Y concluyendo con "Shrival up", donde recuerdan que "la regla número uno es que vivir como Dios manda no es divertido".

No es divertido este robotizado primer LP de Devo. Se hace difícil paladear su ingenio bajo un revestimiento tan amenazador como los dientes de una sierra mecánica en movimiento. Tal vez Devo hayan llegado demasiado pronto: el medio ideal para ellos sería el videodisco o la videocassette, que permitirían gozar de su música al mismo tiempo que de su coreografía y su atrezzo. Pero la industria no ha evolucionado lo bastante en la comercialización de estos inventos. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

(1) DEVO: "P... No somos nosotros hombres 7/R. - Nosotros somos Devo" (Ariola 26353-1).